

Camilo

NACIONAL
 RACION DE
 PORADA
 FUNCIONES
 COMEDIA
 ULADA
 AY FILIPINAS
 ONSTRUD.
 ARTO
Mrs
Mrs
Mrs
Mrs
Mrs

FICO
 OCA

DE PAPEL SEDA
 IJAS COMUNES.
 AJAS DE LUJO.

INIBILE



Don Cristobal

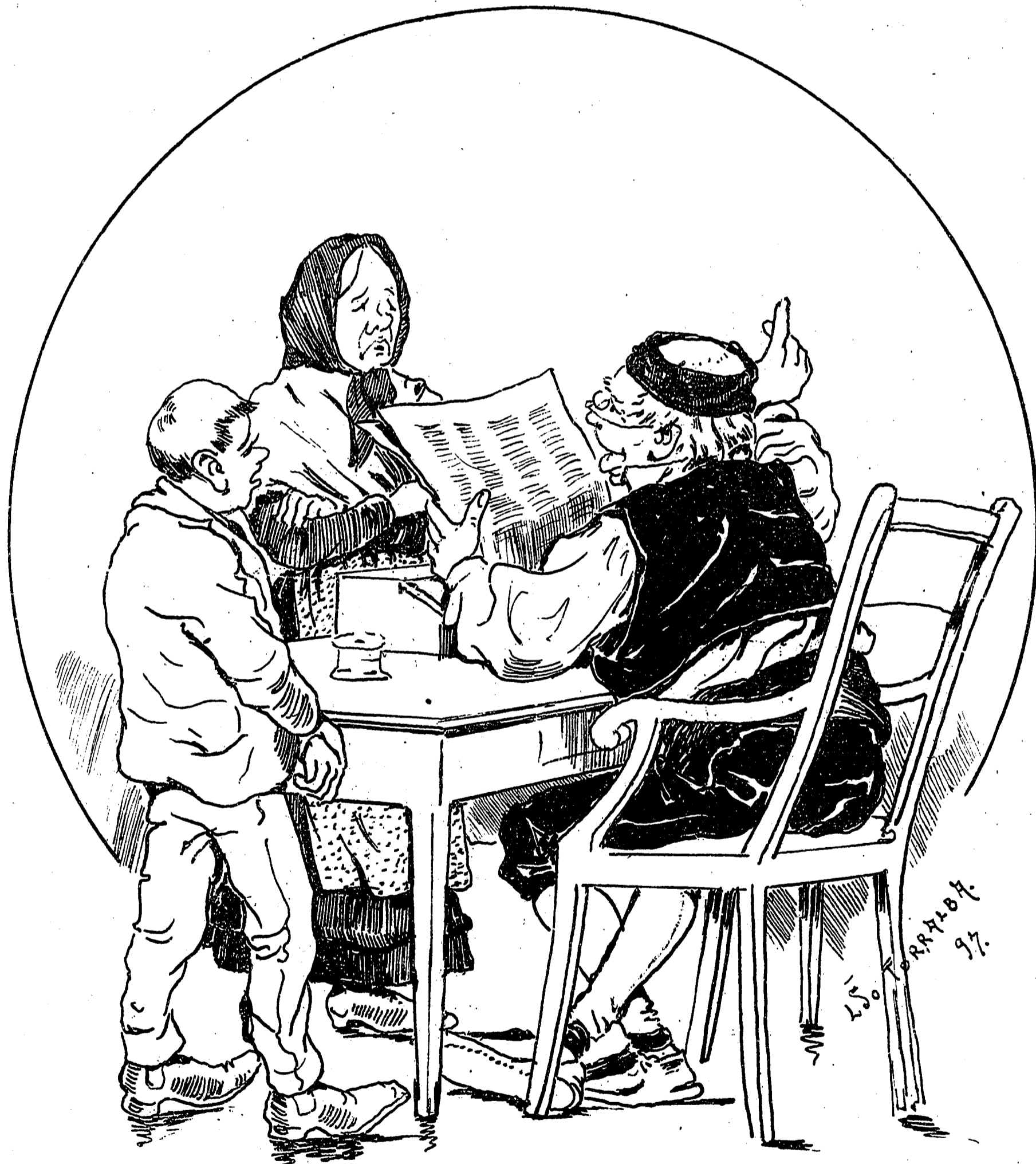
SEMANARIO ILUSTRADO

EPOCA TERCERA

CASTELLÓN 10 OCTUBRE 1897

AÑO IV NÚM. 14

DE ACTUALIDAD



—Mira, Generosa, sácame la capa, las alpargatas y todo lo de los días que repican gordo que el ministerio cayó y me voy á Castellón á ver á don Cayo.
 —Pues pa qué vas á verle si dices que cayó?
 —Quién, don Cayo? Tú eres la que no has caído.
 Pues me cayó.

HABLEMOS

Y politiquemos; que no es posible hacer otra cosa esta semana.

El cambio de suerte en el ruedo de la política nacional es hoy tema de todas las conversaciones.

Quien opina, que el partido liberal es el jarabe de la madre Seigel que todo lo cura, quien asegura, que estos señores que ahora empuñan las riendas del poder no harán otra cosa que continuar la lidia de la nación con todos los refinamientos del arte.

Es decir; que si los conservadores nos picaron por activa y por pasiva, toea ahora á los liberales banderillearnos para que se encargue luego de rematar la res pública cualquier yankee (con perdón) más ó menos cebado, digo, Woodfort.

Quiera Dios que se equivoquen los que esto último opinan, y que el gobierno del señor Sagasta tenga, para tratar con nuestros amigos los yankees, las energías que en la otra etapa de su mando demostró tener para la política de campanario.

Que no va á ser floja tampoco en la ocasión presente, á juzgar por lo que me dijo no hace mucho un mi amigo veterinario y fusionista de nacimiento, todo en una pieza.

—Mire usted,—me decía el hombre sin señalarme donde debía mirar—nosotros tenemos soluciones para todo y subimos al poder dispuestos á mandar de veras.

—¿De veras?

—Sí señor, sí. El nombramiento de don Cayo para el mando interino de la provincia, es, mal que á Rambla le pese, una prueba de que aquí va ha hacerse política liberal y de que acabamos de una con el *cosi*.

—Hombre; miren ustedes lo que hacen. Si ahora acaban con el *cosi* ¿dónde van á colar los trapos sucios que don Francisco saque á relucir á su regreso de la corte?

—Don Francisco? Ya se contentará con tres pesetas, si es que no viene trasquilado.

—De modo que usted cree que el hombre ha ido por lana.

—A lo que ha ido él es por la vara. Pero están verdes.

—Es verdad, verdes están aún las naranjas y es esta la gran ocasión de encargar á Masip de la alcaldía; no sea que después con el tragin del negocio no la quiera aceptar. Pero en fin, usted ha dicho que los suyos tienen soluciones para todo. ¿Que piensan ustedes hacer?

—En primer lugar, regenerar la provincia.

—¿Otra vez? Pues si ha dicho millares de veces *El Regional* que la cacareada regeneración se la comieron ustedes en un plato de natillas....

—Ya se lo diremos nosotros de misas á *El Regional*.

—¿También van ustedes á decir misa? Yo creí que no pensaban meterse con el clero....

—Nosotros nos metemos ya con todo el mundo, porque no hay quien nos tosa.

—Difícil es eso, porque ahora hay muchos constipados.

—Pues que se alivien, que lo que es nosotros ya procuraremos arroparnos.

—¿Y después de regenerar la provincia?

—Sacar diputado á Sánchez Pastor y alquilar el teatro para representar todas sus obras.

—Diantre; esa es una gran idea. Algo vamos ganando con ello los buenos aficionados. Pero.... ¿no temen ustedes á que los republicanos se desbóquen de nuevo y les den otro susto?

—Ba; ¡los republicanos! Esos han bajado ya mucho la puntería y aun puede que en la presente temporada cómico política aplaudan, y hasta nos sirvan de comparsas en el sainete que silbaron la otra vez.

—Muy confiados los veo á ustedes.

—Ya lo creo, como que contamos con la confianza de la corona y tenemos ahora muy buenas aldabas en Madrid.

Y nada, que da gusto ver á los fusionistas de Cayo tan contentos como un niño con zapatos nuevos, y da verdadera pena ver á los de Rambla con el alma en un hilo y pendientes de lo que del *incógnito* viaje de su jefe resulte.

Para los partidarios de este último, don Cayo es un sér soberbio y ambicioso que no quiere someterse á la jefatura del expresidente del cantón de Vall de Uxó, que ó mucho me engaño ó vuelve ahora á declararse cantón independiente, y para el que no escatiman los mas duros epítetos.

«Lo que es igual: que tengo gran nariz para oler guisados fusionistas.»

Y que va resultando lo que en malos versos dije á ustedes hace quince días aproposito del banquete de los 21.

«Que la unión no duraba ni un trimestre aun comiendo el turrón del presupuesto.»

«A mal tiempo buena cara», dice el refrán, y eso es lo que en los presentes momentos *históricos* está haciendo la gente del *cosi*.

Ellos podrán tener su poquillo de *verote*, porque á cualquiera se le vuelve la carne de ave de corral al pensar lo que ocurrió en la anterior dominación fusionista, pero saben disimularlo, y en la vida he visto rostros más placenteros que los que estos días presentan los *cosieros*.

Más que gente caída, parecen ellos los que han subido y se muestran confiados en extremo haciéndose la mar de ilusiones. Ilusiones engañosas, que dijo el poeta.

Y que Dios sabe á donde podrán conducirles; porque los fusionistas han entrado sedientos de mando y de destinos, y puede que *haiga* hule.

En fin, Dios padesú.

O sobre todo, que viene á ser lo mismo.

Juanito TRUPITA.

LA CRUZ DEL GENIO

(Al eximio poeta Verdager)

I

En ésta del dolor mansión obscura,
Parece condenado eternamente
Al peso de la cruz: ¡ay! quien fulgura
En la cumbre del genio preeminente.
En el mar de la humana desventura
Zozobráis, por desgracia, tristemente,
Y quizás algún día, ya sin brío,
Rodéis al fondo de su abismo frío.

II

Hoy, con el pecho de amargura lleno,
Evocáis en la mente soberana
Varones de alta prez, dó su veneno
Supo filtrar la ingratitude humana.
Cual si engendrara en su fundado seno
Abortos de Satán, con furia insana
Y á impulsos de su mal y sus errores,
Sacrifica á los grandes redentores.

III

Otros ¡ay! el vigor del hado frío,
Cual vós lo padecéis, sufrieron antes!...
Recordad á Camoens, al gran Homero,
A Espronceda, á Zorrilla y á Cervantes.
A Byron, á Quevedo prisionero,
Al insigne Milton, y á otros gigantes
Ingenios que á su patria enaltecieron,
Y prez y gloria de las letras fueron.

IV

Recordad al filósofo de Atenas
Que inmortales las almas proclamara;
Al nauta que llevó duras cadenas
Porque allende del mar un mundo hallara;
Al que en estrofas de grandeza llenas
A la sin par Jerusalén cantara,

Y á otros que llamó locos la estulticia,
O la envidia rüin ó la malicia.

V

Llega cristo, del hombre en beneficio,
Y Augusta redención doquier pregona:
¿Cómo premió su angusto sacrificio
La humana ingratitud? Dió á su persona
Una cruz infamante por suplicio,
Unas pobres espinas por corona,
Una caña por cetro, en su quebranto,
Y un trapo carmesí por regio manto!

VI

Cuantos del genio la grandiosa idea
Sienten bullir en su divina mente,
Donde, cual sol radiante, centellea
De sacra inspiración la llama ardiente,
De esta vida mortal en la pelea,
Bajo el peso sucumben tristemente
De la grán cruz del infortunio humano:
¡La eterna cruz del génio soberano!

VII

¡Así estáis vos!... Quien de la hermosa gloria
Ciñe á su sien los lauros eternos;
Quién hará perdurable su memoria
Con sus grandes poemas inmortales;
Quién tiene un nombre que honrará la historia,
Hoy envuelto en la atmósfera de males
Que inficionó la audaz maledicencia,
Gime triste y sumido en la indigencia!

VIII

Y os apellidan loco, en su porfía!...
Justicia reclamáis, y no os atienden!...
Hablaís de caridad, y burla impía
Resuena en vuestro daño, y os ofenden!...
Perdonad, noble vate, la osadía
De aquéllos que ni os aman ni os comprenden...
¡También llamaron loco sin segundo
Al inmortal Colón, y nos dió un mundo!

IX

Imitad á Jesús en su quebranto,
Vos que tanto le amáis. Y si os maldicen
Clamad, como su labio sacrosanto:
«No saben, Padre mío, lo que dicen»
Si seres hay que os hacen verter llanto,
Tenéis almas piadosas que os bendicen:
Despreciad, despreciad la impía guerra!
¡Aún hay otra justicia tras la tierra!

X

Alzad la noble frente, ilustre vate;
Y si el insulto y la calumnia arrecian,
Mostrad vuestra virtud en el combate
Contra esos enemigos que os desprecian.
¡Es verdad que sufrís el rüdo embate
De los que en vos áltivos menosprecian
La virtud, la desgracia y el talento;
Mas ved que santifica el sufrimiento!

XI

Si reputáis vuestros esfuerzos vanos;
Si lloráis lejos de los patrios lares;
Si no podéis alzar con vuestras manos

Al Dios de caridad en los altares,
Recordad que otros genios soberanos
Lloraron acerbísimos pesares
Y hoy circundan su nombre y su memoria
Nimbo sublime de radiante gloria.

XII

Alzad la frente, alzad! Cefir corona
De genio colosal no es un delito;
Pero es falta que el Cielo no perdona
Tener alma de bronce ó de granito!
Si la envidia desdichas amontona
Fiad en Dios, eterno é infinito:
Ya proclamó el Mesías en el suelo
Que el reino de los pobres es el Cielo.

AGUSTIN SAFONT.

Sierra-Engarcerán, 97.

MURMURACIONES

Castellón progresa, es indudable.

Aquel *fillol* que según la canción popular salió entre Burriana y Borriol, adelanta, progresa, se engrandece y poco á poco va tomando verdadero carácter de capital de provincia.

Capital de tercer orden; pero capital al fin y al cabo; capital muy moderna, nuevecita, acabada de estrenar.

No se necesita ser muy viejo para conocer los progresos que Castellón ha hecho para convertirse de un pueblo grande—pero pueblo al fin—en una capital verdadera.

Basta tener cinco ó seis lustros y dar un paseo por las calles, plazas y paseos de Castellón, para poder apreciar este cambio.

Antes toros en las calles principales, en las plazas y en los arrabales. Hoy el que quiera toros que vaya á la plaza. Es verdad que los toros callejeros eran más animados y divertidos; pero en cambio los de la plaza de toros son más caros, y váyase lo uno por lo otro.

Antes bailes populares: el *ball perdut* (que bien perdido está), el *ball parat*, etc. Ahora el que quiera bailar que vaya á los casinos ó á los salones de baile, Y si no se divierte tanto, y si le repugnan las inmoralidades que allí se cometen... ¡a casita y amolarse, que el tiempo no pasa en vano!

La célebre *cantá de sega* desapareció de nuestras fiestas callejeras para no volver jamás. En cambio disfrutamos gran abundancia de teatros y típles ambulantes, franceses y africanesados, que si bien nos desgarran los tímpanos, tienen la amabilidad de sacarnos los cuartos.

Tampoco hay carreras de pollinos y de chicos *ensacados*, que decía el diputado provincial, profesor de lenguas vivas y comestibles; pero en vez de estas inocentes y primitivas diversiones, tenemos andarines con cascabeles y bicicletas sin freno, que corren en libertad por esas calles y le rompen la cabeza á cualquier vecino distraído.

¡Si progresamos que es una barbaridad!

Tampoco juegan ahora los chicos al trompo, al *fendi seba l'* *all* y á otros juegos más ó menos cultos.

Ahora nacen los niños con bigote y quieren imitar á los hombres y se dedican á tirar de la oreja á Jorge.

Que en esto casi no hemos progresado; pues las mismas *timbas* que habla hay, salvo error de suma.

Y si ahora hay algún niño juguetón, como ve que las personas mayores se dedican al ciclismo avasallador, que diría Ramiro, por no ser menos, coje una ruedecita y corre tras ella por esas calles.

Hasta que se enreda con los pies de cualquier transeunte y dá con él en el suelo, con gran regocijo del vecindario, que desde las puertas de la calle disfruta del ambiente.

Y sin querer hemos llegado á esa bendita costumbre de Castellón, á esa de sentarse á las puertas, que tan mal pareció á mi colega Cecilio Miquel antes de *civilizarse* y tomar el gusto á estas delicias de Capua, ó de Castellón, que si no es igual poco falta.



—Cuántos son los pecados capitales que se llaman mortales
—Los pecados capitales que se llaman mortales son nueve.
—Cómo nueve?
—El 1.º Presidencia, el 2.º Gobernación, el 3.º Gracia y Justicia, el 4.º Estado, el 5.º Ultramar
el 6.º Pomento, el 7.º Hacienda, el 8.º Guerra, el 9.º Marina.



Estado, el 5.º Ultramar



IS. TORRALBA. 97.

A dónde va usted tan deprisa.
—A ver a D. Jaime.
—El Conquistador?
—Jesús! ¿De qué?
—.....de consumos.

Pero esto de *les cadiretes* en la acera y otras usanzas por el estilo nos llevarían muy lejos.

Casi á la Océanía.

Y será mejor dejarlo para otro día.

Si no sale por ahí algún fervoroso castalio, que, tranca en mano, quiera imponerme silencio.

Y en ese caso... ¡boca abajo todo el mundo!

JOAN DE VICENTA.

¡INVIERNO!

Ya nos dejó el verano,
ya se acerca el invierno,
ya los grandes calores
se marcharon huyendo
y las heladas brisas
nos soplarán muy presto,
dándonos sabañones
tan grandes como huevos
y de trancazo y reuma
sembrando un semillero,
sin contar pulmonías
con su final de entierro.
Los abrigos y capas
que á *Peñaranda* fueron
dentro de pocos días
volverán á ser nuestros
y con dulce cariño
abrigarán el cuerpo.
Pero, estoy trascordado,
como un bellaco miento
si dije nuestro, ¡ay tristes!
mi capa, por lo menos,
seguirá en *Peñaranda*
á pesar del mal tiempo:
en un día de apuro
la convertí en dinero
pensando que el verano
sería, sino eterno,
al menos de once meses,
dejando uno de invierno
y me gasté los cuartos
quedándome sin ellos.
¿A dónde voy ahora
si sacarla no puedo?
¡Si me encuentro tronado
como cualquier gobierno
que tiene filtraciones!
Si estoy como un maestro
que no ha cobrado nunca!
De fijo que me muero,
que no llego á la Pascua;
que me convierto en hielo
y en forma de sorbete
espicharé de fresco.
Si yo tuviera capa,
sería, santo cielo,
el hombre más dichoso
de todo el universo;
iría á la tertulia
que por las noches tengo
y allí, muy bien sentado
los pies junto al brasero,
junto á mis pies el gato
con su *run run* eterno,

la dueña de la casa
descabezando el sueño
y la preciosa niña
con sus pulidos dedos
haciendo una toquilla
con muchos agujeros,
lanzándome miradas
con sus ojillos negros.
Después la lotería,
ese entretenimiento
encanto de los tontos
del uno y otro sexo;
escuchar como cantan
con monótono acento
los números que salen
de la bolsa de cuero
y apuntar el extracto,
después ambo corriendo
y partir con la niña
las ganancias del juego.

SALVADOR CUETO.

LA CANCIÓN DEL REISSEÑOR

—¿Nunca ha estado enferma esta niña?—preguntó el doctor Sandoval, mirándola con fijeza.

—No, señor. Una vez, sin embargo, (hace tres ó cuatro años), estaba jugando en el jardín, y de repente perdió el conocimiento: poniéndose primero pálida, muy pálida; pero lo recobró enseguida. El médico, nos dijo que tal vez repetirían esos ataques; pero que todo era nervioso y desaparecería con la edad. Esta niña siempre ha sido endeble, y muy impresionable. ¿Oye usted, doctor... esa tos?

—¡Ah! Esa tos no es nada. ¿A ver? Vuelve la carita hácia la luz.... ¡así! ¿Cómo te llamas, hermosa? ¿Encarnación? Bien, muy bien. ¡Tápatel!

La señora de la casa, acompañó al doctor hasta la puerta, y allí le interrogó con la mirada.

—Por ahora no hay gravedad, señora; pero es preciso andar con piés de plomo. Su temperamento irritable y nervioso, la edad crítica, su endeblez... todo se acumula. Versmos. Seguir con las cucharadas, y no contrariarla por nada del mundo. Que se le den todos los gustos.

—¿Y la tos?

—Por la tos no tenga usted ningún cuidado. Los pulmones, están perfectamente. Sin embargo, no se olvide usted de mi consejo: San Juan de Luz, Biarritz, San Sebastián, Urberuaga.... Si quiere usted llevarla más lejos; Aix-la-Chapelle, Caunterets... pero no vuelva usted á Panticosa con su niña, ¡podría usted tener que arrepentirse!

Encarnación pasó la tarde, vistiendo su muñeca encima de la cama. Después, pidió á su mamá un juego de ajedrez, cuyas piezas de marfil, blancas y rojas, admirablemente labradas, tenían un mérito extraordinario; hizo que le sacaran la colcha amarilla, una preciosa colcha llena de figuritas bordadas en seda de colores, procedente de la China.

¡Ah! Puede estar tranquilo el doctor, que todos los gustos se dan á la enfermita.

Ella se divertía al principio mirando los ojos oblicuos, las caritas sonrosadas, las coletas, los paisajes fantásticos sin perspectiva, de la colcha; pero pronto dejaba caer pesadamente su cabeza, con fatiga. Tuvo escalofríos.

Al día siguiente lo pasó muy mal; y luego, cada vez peor.

El médico, iba todos los días, por la mañana y por la tarde. Escondía un objeto brillante bajo el brazo de la enferma; al cabo de un ratito lo quitaba, mirábalo al trasluz, y lo sacudía furiosamente, como si quisiera estrellarlo contra el suelo.

Después, hacía extrañas anotaciones sobre un papel cuadriculado.

¿Por qué tiemblan sus dedos al cojer aquel papel?

Hay allí, una raya de tinta en forma de zig-zag; una M.

¿Es que la muerte ha estampado la primera letra de su nombre?

Una noche se agruparon varios sombreros de copa, al rededor del papel cuadriculado.

¡Era la consulta!

El médico de cabecera; dejaba traslucir sus temores.

—Sobre todo decía esa fiebre, y esa palidez... La verdad, mis queridos colegas, me parece inexplicable.

Con este motivo, el más viejo de sus queridos colegas, habló de Hipócrates, y el más joven expuso bel as teorías.

—La *kairina*, la *kairina*!—exclamó.

Nada se pierde con probar. La *kairina* fué recetada y administrada inmediatamente, y un frasco más brilló en la mesa.

¡Y qué mesa, Dios mío! Sobre la tabla de marmol; grandes frascos de agua albuminosa donde flotan cortezas de limón, botellas de limonada con el bramante mojado colgando del gollote, cucharas, vasos, lamparas de alcohol, estuches abiertos, con jeringuillas de Pravaz, frasquitos de tapón esmerilado escondiendo la mentida virtud de sus licores, detrás de azuladas etiquetas...

Por fin se marcharon los galenos, y el cuarto de la enfermita quedó silencioso, alumbrado por una lucecita débil, que se estremecía aún, como asustada por el lenguaje cabalístico de aquellos nigromantes.

Una hermana de la Caridad entró, y sentóse junto á la mesa de las medicinas.

La mamá, de Encarnación, no pudo velar aquella noche.

Mientras tanto, Encarnación, daba vueltas en la cama. Su colcha, llena de arrugas, se caía hacia un lado tocando el suelo por una punta, y el fleco se doblaba contra las columnas de palo santo, como si la seda hubiese adquirido entre las manos de la niña, su enfermiza languidez.

Pobre Encarnación! ¡Para qué sus flores, sus juguetes, su cabrita blanca!... ¡Ya no podrá bajar al jardín! ¡Qué dolor en las sienas, qué angustia en el pecho! ¡Qué malestar! ¡Se moría! Los ángeles, desplegando sus grandes alas, se la llevaban cogiéndola de la mano, y al son de una música divina, entraba por las puertas del cielo, que San Pedro abría sonriente, con sus llaves de oro. ¡Pobre Encarnación! ¡Ya no verá jamás á su mamá! ¿Pero dónde está su mamá? ¡Ay! ¿qué sola se encuentra la pobre niña! Vé sombras por todas partes. ¡Qué miedo! Luego, abre los ojos con espanto. ¿Qué llamaradas son aquellas? ¿Pues no estaban allí las cortinas? ¿Y aquellas figuras negras que se deslizan por la alfombra? ¿Y aquellas manos formidables que suben por los tapices? ¡Parecen cangrejos! A lo mejor surgen luminarias, que van cayendo, cayendo, y no acaban de caer jamás. Otras veces, son cabezas de perfiles vagos, monstruos que se acercan á su cama, la miran, retroceden, siguen mirándola, huyen hasta la pared, más allá, lejos, muy lejos, y luego vuelven de repente... Porque no hay paredes; se han borrado con el delirio y solo quedan fantasmas. ¡fantasmas horribles! Allí hay uno, inmóvil, junto al velador. Es un pájaro blanco y enorme. Encarnación lo ha mirado, y él se acerca batiendo sus grandes alas. Encarnación quiere gritar y no puede. El pajarraco se pone de pié sobre su pecho, y no la deja respirar, y le descarga formidables picotazos en las sienas. ¡Qué dolor! De pronto, el fantasma se deshace en filamentos blancos que las manos crispadas de la enferma intentan cojer en el vacío. ¿Pero cómo está junto á la pared ese terrible pájaro? ¡Ah! ¡Si es la toca de la hermana!

Pero el dolor en las sienas, continúa; y la opresión, también.

Se oye un ruido en los cristales de la ventana, entreabierta por prescripción facultativa; y Encarnación se vuelve del otro lado. Aquel ruido y el de sus ropas, le dan el sentimiento de la realidad.

Ya no hay tantos fantasmas. En el marco de la hermosa ventana, se ven un pedazo del cielo, algunas estrellas, y una rama de magnolia que sube del jardín.

En la rama, se ha puesto á cantar un pajarillo.

¡Y qué manera de cantar! ¿Qué melodía, qué trinos! En fin, ¿quién no ha oído á un ruiseñor? De vez en cuando, revolotea sobre la cama, como si quisiera desprender en el aire algun perfume de sus alas, y vuelve á su rama de magnolia.

Aquella música inspirada y llena de sentimiento, acaba por desvanecer todos los fantasmas, y se enreda como un hilo de oro en las pestañas de la enfermita... ¡Oh, qué dulce sueño!

Al día siguiente, Encarnación se encontraba mucho mejor; ya no tenia fiebre.

Dos semanas más tarde, el médico le permitió bajar al jar-

din, y hasta regar las bellas *hortensias* de sus balcones.

Han pasado tres ó cuatro años durante los cuales, no he visto á mi amiga Encarnación.

Ayer la encontré en casa de unos tíos suyos á quienes tengo el gusto de visitar de vez en cuando.

La sala, estaba llena de gente.

Después de saludar á todos, me senté al lado de mi amiga.

¡Qué sorpresa! Iba de largo: el borde de su falda gris, tocaba suavemente la punta de sus botinas.

Los lazos negros de su sombrerito, no eran de una seda más fina que sus cabellos; ni las flores que lo adornaban, más sonrosadas que las mejillas de su prima.

Porque allí, estaba también su prima Luisa.

¡Ah! ¡Estoy muy orgulloso con mis dos amigas!

Luisa es lozana, bella y gentil, como un capullo de rosa; en sus cabellos castaños, guarda la primavera todos sus perfumes. La otra, es una morenita pálida y sentimental, caya frente aristocrática, tiene la suavidad de una nube de incienso, y la misteriosa luz de las estrellas. Es una belleza tan delicada, que no podrán comprenderla muchos hombres!

Moviendo graciosamente sus abanicos, mis dos amigas me hablaron del calor, de las modas, de los baños de mar...

Encarnación me dijo, que pasaría una temporada en Panticosa.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Y el doctor Sandoval, lo consiente?

—¿El doctor Sandoval?—repuso Encarnación, con extrañeza.—No sé quien es.

—¡No sé quien es!—repite Luisa.

¡Que no saben ustedes quien es! Pero Encarnación, ¿usted no se acuerda ya de su enfermedad, ni del ruiseñor?

Las dos primas, se miran con asombro, y sueltan la risa tras el varillaje de los abanicos.

—¿Qué enfermedad? ¿Qué ruiseñor?—dicen al mismo tiempo.

Entonces, referí punto por punto la historia del ruiseñor.

Algunas señoras que atendieron á nuestra conversación, me miraban con gran sorpresa.

—¡Lo habrá usted soñado!—me decían.

Entonces, Luisa, al observar que yo me sonreía, me dijo batiendo palmas:

—¡Es un cuento! ¡Es un cuento! Un cuento que le ha inspirado á usted mi prima, ¿no es verdad? Pues bien, es preciso que sepamos lo que cantaba el ruiseñor. ¡Es preciso que conozcamos la letra de la canción! ¡Es preciso!

—¡Es preciso! ¡Es preciso!—repitieron todos.

—Señores—dije levantándome de la silla— efectivamente, se trata de un cuento que pienso publicar. Luisa, voy á complacer á usted. Hé aquí lo que cantaba el ruiseñor:

«Buenas noches, Encarnación! Vengo del bosque, y traigo sus aromas debajo de mis plumas. ¡Buenas noches! Con el baticir de mis alas voy á perfumar el aire que respiras!

Me han dicho que te mueres, si no llegas á conciliar el sueño. Pues bien, yo te haré dormir al arrullo de mis cantares. Sé una canción tan melodiosa y sonrida, que el viento enmudecerá, cruzando los árboles del jardín, y las estrellas detendrán su curso en la bóveda celeste. Ahuyentaré, ¡ya verás! esos fantasmas que danzan al borde de tu cama, y te hacen abrir los ojos con espanto.

¡Buenas noches, Encarnación! Vengo del bosque, y traigo sus aromas debajo de mis plumas. ¡Buenas noches! Con el baticir de mis alas, voy á perfumar el aire que respiras!

Una vez, cayó un ruiseñor en la trampa del jardinero. ¡Ay, qué manos tan ásperas tenía! ¿Cómo se quejaba el ruiseñor! El jardinero se lo regaló á la doncella; y la doncella lo metió dentro de una jaula. ¡Ay, qué cosa tan triste es una jaula! ¿Cómo se quejaba el ruiseñor! La doncella, se lo regaló á su señorita. ¿Qué hará con él la señorita? ¿Le hará daño con los dedos? ¿Le quitará la libertad, también? La señorita no le hace daño con sus dedos, porque los tiene más suaves que mis plumas; tampoco le quita la libertad, sino que abre su mano blanca y pequeña como un jazmin, y exclama: «¡Vete al bosque, lindo pajarillo!»

¿Sabes quien era la señorita? Eras tú, Encarnación; y el ruiseñor, yo era.

¡Buenas noches, Encarnación! Vengo del bosque, y traigo sus aromas debajo de mis plumas. ¡Buenas noches! Con el baticir de mis alas, voy á perfumar el aire que respiras!»

JOAQUIN ALIAGA.

COMO SALUDAN LOS ESTUDIANTES



Los de 1º de Latin.



Los de 5º año.



Los de Toledo.



Facultad.



Uno que tanto le da.

VALENCIA. ESTAB^{TO} CROMO-LITOGRAFICO

PASCUAL ROCA

FACTURAS, MEMBRETES,
MEMORANDUMS,
LETRAS de CAMBIO,
CARTAS de REMESA,
AVISO de GIRO,
TARJETONES, TALONARIOS &c.

DERECHOS, 53,

ESPECIALIDAD EN LA ESTAMPACION DE PAPEL SEDA
PARA ENVOLVER MANDARINAS Y NARANJAS COMUNES.
CROMOS HECHOS EXPROFESO PARA LAS CAJAS DE LUJO.

DON CRISTÓBAL

— SUSCRIPCIÓN —

En Castellón un mes. . . . 0'50 ptas.
Fuera, trimestre. . . . 1'75 ..

— 10 céntimos — Número suelto ordinario, — céntimos 10 —
Extraordinario, convencional.
Se admiten suscripciones en la Redacción del
Heraldo, Mayor, 115.
Reclamaciones en la Imprenta.
La correspondencia y cambio al Director de DON
CRISTÓBAL, Enmedio, 132, (Fonda Igualadina).

DISPONIBLE